VIAJE Y DIFERENCIAS CULTURALES: LA VISIÓN DEL *OTRO* EN LA *EMBAJADA A TAMORLÁN*

VICTORIA BÉGUELIN-ARGIMÓN
UNIVERSITÉ DE LAUSANNE

I. LOS PRIMEROS CASTELLANOS EN LA RUTA DE LA SEDA

En los albores del siglo XV, Enrique III de Castilla decide mandar al emperador Tamorlán –el monarca oriental más poderoso de su época– una expedición diplomática compuesta por 14 hombres y dirigida por Ruy González de Clavijo. Acompañados por Mohamad Alcaxí, un embajador que el propio Tamorlán había despachado al rey castellano unos meses antes, los viajeros realizan un periplo de tres años: parten de Puerto de Santa María el 21 de mayo de 1403 y regresan a Alcalá de Henares el 24 de marzo de 1406. Navegan primero por el Mediterráneo para adentrarse luego en tierras asiáticas y alcanzar su destino final, la ciudad de Samarkanda. Los castellanos tienen como cometido entrevistarse con el emperador para tratar de establecer alianzas con él contra los turcos, enemigos comunes de mongoles y cristianos. De hecho, no es la primera vez que un soberano de Occidente envía emisarios a Asia Central con vistas a conocer mejor los pueblos que habitan estas tierras y a estrechar lazos políticos y militares con ellos. Baste recordar aquí a Plan de Carpino (1180-1252) y a Guillermo de Rubruc (1215-1295) que ya viajaron por estas tierras en el siglo XIII[1].

El monarca desea que una empresa de tal importancia quede cuidadosamente plasmada por escrito para evitar que caiga en el olvido. Por este motivo, Clavijo[2] tendrá la misión de consignar cotidianamente los avatares del viaje, dejar constancia de los lugares por los que pasa la comitiva y de los pueblos con los que se encuentra y, sobre todo, recoger cualquier dato que pueda ser de interés para conocer mejor a estos potenciales alia-

1 Además, López Estrada (17-8) menciona una serie de obras traducidas al español como la *Carta sobre la vida, secta y origen de los tártaros* de fray Julián, la *Relación* de fray Benito de Polonia y la *Embajada* de fray Ascelino o Ezzelino.

2 A él se ha atribuido tradicionalmente la autoría de la obra aunque se trata, de hecho, de un relato colectivo en el que participaron todos los embajadores (López Estrada 34-40).

dos. El resultado será el relato que ha llegado hasta nuestros días –una narración detallada a modo de diario de la aventura de los embajadores– en el que se ofrece un sinfín de descripciones de núcleos urbanos, paisajes, pueblos y costumbres, así como una rica información histórica y etnográfica.

La primera parte de la ruta de los embajadores desde la Península hasta Trebisonda, a orillas del Mar Negro, se realiza por vía marítima. El avance de la travesía obedece al estado de las aguas y el relato describe o brinda información sobre las costas frente a las que los viajeros navegan o sobre las ciudades en las que hacen escala. El invierno sorprende a los embajadores en Constantinopla, interrumpiendo momentáneamente su viaje y obligándolos a realizar una larga estancia en esta ciudad. Los castellanos no esconden su admiración ante las riquezas artísticas que encierra la antigua Bizancio, las numerosas reliquias que se custodian en ella y Clavijo dedica descripciones minuciosas a sus principales monumentos.

Sin embargo, para los embajadores, el verdadero encuentro con Oriente se produce a partir de Trebisonda, cuando la comitiva abandona la ruta por mar y se adentra en tierras asiáticas. A partir de este punto, el relato evoca lo vivido, ofreciendo una fresca estampa de la experiencia de la alteridad. Las ciudades que recorren los castellanos constituyen núcleos importantes en el entramado de la ruta de la seda. Tabriz, Soltania, Teherán, Damghan, Bujara y la propia Samarcanda despiertan la admiración de los castellanos por ser centros de intenso intercambio comercial y puntos de encuentro de gentes llegadas de los más recónditos lugares del mundo. Los pueblos asiáticos, sus modos de vida y sus costumbres van a ser motivo una y otra vez de observaciones, descripciones y comentarios por parte de los castellanos. Estos aparecen no sólo como fieles transmisores de las realidades de las que son testigos, sino también como individuos flexibles y abiertos frente a lo que viven. Su reacción personal la expresan una y otra vez mediante el polisémico término de “maravilla”.

II. VIAJEROS FRENTE A LA CULTURA AJENA

Frente a la cultura ajena, un viajero puede adoptar tres actitudes distintas: 1. observarla desde los límites interpretativos de su propia cultura, que aparece como medida de todos los demás sistemas culturales (nivel monocultural-etnocentrismo); 2. tomar una posición intermedia entre la cultura propia y la extranjera, lo que le permite establecer comparaciones entre ambas (nivel intercultural); 3. o alcanzar la distancia adecuada respecto a las culturas en contacto para desempeñar la función de mediador (nivel transcultural). Según Meyer, estas tres actitudes corresponden a las tres etapas de la adquisición de la competencia intercultural que sería “la habilidad de una persona de actuar de forma adecuada y flexible al enfrentarse con actitudes y expectativas de personas de otras culturas” (*apud* Oliveras 38).

El viajero dará prueba de dicha destreza intercultural si es capaz de: 1. relacionar la cultura de origen con la cultura extraña; 2. desarrollar estrategias para entablar contacto con personas de otras culturas; 3. abordar con eficacia los malentendidos socioculturales y las situaciones conflictivas; 4. y superar estereotipos (Consejo de Europa 102).

A la luz de estos ejes –actitud frente a la cultura ajena y destrezas para enfrentarse a ella– abordaremos en este artículo algunas de las diferencias culturales que los emba-

jadores castellanos observan en su andadura por el Asia Central. Presentaremos cómo perciben la cultura del "Otro", nos preguntaremos qué actitud adoptan frente ella y veremos hasta qué punto dan prueba de poseer las llamadas destrezas interculturales. Nos centraremos en sus comentarios sobre la condiciones de vida de los pueblos anfitriones (hábitat), sus convenciones sociales (hospitalidad, regalos y alimentación) y su lenguaje corporal (saludos y gestos ritualizados), señalando que, de hecho, muchas de las diferencias culturales que los embajadores observan en su relato se refieren a las áreas que el Marco Común Europeo de Referencia (Consejo de Europa 100-01) considera como distintivas de una sociedad y que pueden ser objeto de conocimiento sociocultural: vida cotidiana; condiciones de vida; relaciones personales; valores, creencias y actitudes; lenguaje corporal; convenciones sociales y comportamiento ritual.

III. CONDICIONES DE VIDA

Para acceder a la cultura ajena hay que tener, en primer lugar, una buena capacidad de observación. A los castellanos, les llama en seguida la atención la vida de las tribus nómadas y su hábitat, que describen con una mirada positiva. Observan que estas gentes son buenos jinetes, manejan bien el arco y, sobre todo, no temen la dureza de sus condiciones de vida: "[s]i tienen qué comer, comen y si no tienen, pasan muy bien con leche y carne, sin pan. Tan contentos van sin vianda como con ella" (ET 168)[3]. Mencionan que las mujeres llevan a sus hijos pequeños en unas cunas atadas al cuerpo y que "con sus hijos andan sus caminos y corren con sus caballos tan ligeras como si fuesen sin ellos" (ET 171). Cuentan también que viven permanentemente al aire libre, buscando el agua en verano para poder sembrar cereales, algodón y melones, y refugiándose en lugares cálidos en invierno. Y, tomando como punto de partida su propia cultura –fundamentalmente urbana y sedentaria–, añaden que esos pueblos no residen en casas sino en tiendas (ET 167) y que para hacer fuego, no emplean leña sino el estiércol de los animales (ET 168). Si para acercar la nueva realidad a los destinatarios de su texto, los embajadores parten de la realidad conocida y echan mano de una de las tantas estrategias de la retórica de la alteridad –"no X (conocido) sino Y (desconocido)"–, podemos observar que esta estructura establece una simetría entre la sociedad de origen y la sociedad descrita, colocando a ambas en pie de igualdad.

Más adelante, ya en Tabriz, los embajadores evocan la bulliciosa actividad mercantil en la alcaicería. Allí ven, quizás por primera vez, a mujeres con el *burka*. En unas tiendas de este mercado "hay unos hombres que venden muchos perfumes y esencias para las mujeres y ellas mismas vienen allí a comprarlos, y se hermosean y acicalan con aquellas cosas. Vienen todas cubiertas con sábanas blancas, y ante los ojos, unas redes de sedas negras. Así van tapadas, que no se las puede conocer" (ET 139).

Una vez en Samarcanda, se superpone otra imagen de la mujer cuando los embajadores observan a las esposas del emperador en público, sin velo, actuando como anfitrionas de las fastuosas recepciones que ellas mismas organizan. Efectivamente, en la corte

3 Las citas proceden de la versión en castellano moderno de la *Embajada a Tamorlán*, editada por López Estrada (2004). Abreviamos las referencias a esta edición con las siglas ET.

de Tamorlán, las ancestrales tradiciones mongolas se imponen sobre las musulmanas, mucho más recientes. Y los embajadores no dejan de consignar hasta los más mínimos detalles: "[una de las esposas de Tamorlán] por las espaldas traía los cabellos esparcidos, muy negros, pues ellos los prefieren a los de otro color, y se los tiñen para que parezcan así" (ET 216).

IV. CONVENCIONES SOCIALES

Hospitalidad

En el caminar de los viajeros hacia Samarcanda, los pueblos anfitriones les sorprenden por su generosa hospitalidad y su costumbre de ofrecer regalos. Tanto si llegan a una ciudad, una aldea o un campamento de nómadas, se recibe a los embajadores con "mucha honra" y abundancia de alimentos y regalos (ET 173). Las costumbres respecto a la hospitalidad aparecen valoradas, implícitamente, de manera positiva ya que se ponen de relieve:

1. Los aspectos cuantitativos: siempre se les obsequia con grandes cantidades de alimentos ("muchas", "abundó", "tanta vianda, que bastaba para tres veces"), que suelen presentarse en listas enumerativas:

> En cuanto llegaron a las tiendas, les trajeron *muchas* viandas, carneros, vinos, y pan y harina. Al otro día fueron también a comer con él; *abundó* la comida, adobada según su usanza, caballos asados y las tripas de ellos cocidas (ET 153).
>
> La costumbre era que al lugar que llegaban, fuese ciudad, villa o aldea, enseguida el guía hacía que trajesen *tanta vianda*, así para ellos, como para los que allí estuviesen, frutas y cebada, *que bastaba para tres veces* (ET 165).

2. Los aspectos cualitativos: los manjares son calificados de "buenos" y los lugares donde se les ofrece alojamiento de "hermosos":

> En cuanto llegaron a ella [a la ciudad], les dieron alojamiento en una *hermosa* posada. Los mayores de la ciudad vinieron a ellos, y les hicieron traer mucha vianda y mucha fruta y muchos melones, que los había muy grandes y *buenos* (ET 162).

3. La constancia: el recibimiento es siempre el mismo ("cada día") lleguen donde lleguen ("cada aldea") y se habla de que lo hacen "según su usanza" o siguiendo su "costumbre":

> En *cada aldea* sacaban mucha comida para los embajadores. La *costumbre* es esta: cuando llegaban, habían de apearse y sentarse en unas alfombras que les ponían en el suelo bajo alguna sombra. *Cada día* les daban su sustento, a veces pan, otras unas escudillas de leche ácida y otros potajes que ellos preparan como comida, de arroz y de masa (ET 141).

Es de notar aquí el uso del imperfecto de indicativo que refuerza la idea de acción repetida en el pasado.

4. Y, por último, los actos de los naturales que siempre son presentados como positivos para con los extranjeros (*dar*, *traer*).

Sin embargo, hay que reconocer que los castellanos no son viajeros cualesquiera sino que dirigen sus pasos hacia Tamorlán, poderoso y temido señor de todas las tierras recorridas, y por ello son recibidos por todas partes con los honores debidos a los embajadores del emperador. Los castellanos no solo comprenden pronto que la hospitalidad es una costumbre ancestral arraigada en los pueblos de Asia Central sino que sienten también la mano férrea con la que Tamorlán dirige y controla sus territorios a través de los miembros de su ejército, los *chacatis*:

> Cuando llegaban a cada lugar, venía a ellos el mayoral a cualquier hora que fuese. El embajador del Tamorlán mandaba traer comida y caballos y hombres que les sirviesen. *Y si no lo hacían aprisa, los apaleaba y los azotaba tanto que era maravilla*. Así estaban escarmentadas las gentes de estas aldeas, que cuando veían a un chacatí, enseguida huían (ET 117).
>
> Y si algo echaban de menos, lo había de pagar el concejo y lugar en que estuviesen. Y si los del lugar en que llegaban, a cualquier hora que fuese, no traían enseguida la vianda y lo que necesitasen, les daban tantos azotes que era maravilla, y enviaba luego a buscar los mayordomos de la ciudad, villa o lugar y los traían ante aquellos caballeros, y la primera pregunta que les hacían era darles de palos o porradas, que les daban tantos y tan sin duelo, que era maravilla. Y les decían que sabían que era orden del señor que, si llegaban embajadores que a él fuesen, que les hiciesen toda honra y les diesen lo que era menester (ET 165-166).

Los embajadores son, pues, testigos en repetidas ocasiones de la gran severidad con la que se castiga a aquellos que no les atienden con la presteza y de la manera debidas, y califican estas situaciones una y otra vez como "maravilla". Viendo el pavor que producen todos aquellos que dirigen sus pasos a Tamorlán –los comerciantes cierran sus tiendas al paso de las comitivas–, los embajadores observan que se trata de una práctica generalizada:

> No tan solamente hacían esto por estos embajadores, sino con cualquiera que va con cualquier mandado al señor. De esta manera se comportan, pues dicen por cumplir mandato del señor, han de matar o castigar a quien quisieren. Y no haya quien les contradiga, sino callar a cualquier cosa que haga aquel que con mandato del señor va, aunque sea el menor de la hueste del Señor. Y con esto tenían tan gran miedo del señor y de los suyos en toda su tierra, que era maravilla (ET 167).

Ya en Samarcanda, los embajadores observan otras diferencias culturales respecto a los rituales ligados a la hospitalidad y la acogida, pues los viajeros no son recibidos por Tamorlán hasta algunos días después de su llegada a la ciudad: "*[e]s su costumbre de* no ver a ningún embajador que a él vaya hasta pasados cinco o seis días. E cuanto más importantes eran los embajadores que a él iban, más tardaba en verlos" (ET 186).

El relato del viaje de ida apenas deja ver dificultades que puedan ser calificadas de "socioculturales" y Clavijo mantiene un tono neutro y objetivo frente a la novedad con la salvedad de la sorpresa que le producen las escenas de violencia que acabamos de señalar. En este sentido, cabe añadir que, en los casos de conflicto, el relato suele resaltar el afán de los embajadores por llevar a cabo su misión de forma satisfactoria. Lo vemos,

por ejemplo, en los pasajes que muestran cómo los embajadores defienden los regalos destinados a Tamorlán –y que, en parte, les usurpan durante el viaje– o ponen de relieve su empeño, frustrado, de marcharse de Samarcanda con una respuesta del emperador. En los intercambios verbales que Clavijo recoge, se observa que los embajadores ponen en juego, sin éxito, múltiples estrategias argumentativas y echan mano, en vano, de la cortesía (Béguelin-Argimón 381-85). Pese a ello, Clavijo se limita a relatar los hechos, sin valorarlos, y de este modo éstos se presentan como lo que son, conflictos aislados ligados con intereses personales, y no conflictos intrínsecos e irreductibles entre diferentes grupos culturales. De este modo, Clavijo huye tanto de la generalización como de la estigmatización de los pueblos anfitriones.

Durante el regreso, en cambio, los embajadores se enfrentan con graves problemas y, por esta razón, adoptan a veces un tono crítico con los pueblos que encuentran a su paso. Recordemos que la rápida decisión del emperador de marchar a China con su ejército se desea mantener oculto y lleva a los cortesanos timuridas a alejar de la capital a todas las embajadas extranjeras; por ello, los castellanos deben abandonar Samarcanda precipitadamente y sin ninguna explicación. Los embajadores detallan las discusiones con los ministros de Tamorlán, que se muestran inflexibles y les conminan a marcharse sin demora. Pocas semanas más tarde, la noticia de la muerte del emperador corre como un reguero de pólvora por tierras timuridas, produciendo caos y confusión. Desemparados, los viajeros sufren la situación en sus carnes durante su viaje de vuelta: les roban en varias ocasiones, les engañan y tienen enfrentamientos verbales con los naturales para defender sus bienes y sus personas. En tales ocasiones, la conclusión sobre los pueblos anfitriones es menos halagadora. De las gentes de Homar Miraza, nieto de Tamerlán, dicen que "[s]on gente engañosa y sutil, y nunca dicen verdad" (ET 263). Y de los armenios concluyen: "Aunque sean cristianos armenios, son gente de mala condición" (ET 272), comentario que si bien deja traslucir un prejuicio sobre la bondad intrínseca de los cristianos, permite apreciar también la ecuanimidad de los viajeros que basan su juicio en su propia experiencia.

Amén de los problemas provocados por la muerte del emperador, el frío y las nieves dificultan el periplo de regreso. Los embajadores aprovechan entonces para precisar cuántos días suelen ofrecer hospitalidad los pueblos anfitriones a los viajeros:

Aquí les dieron comida suficiente y lo que hubieron de menester, aunque no lo tenían por costumbre. Su costumbre es que a los embajadores del señor les dan de comer, de donde quiera que lleguen, tres días, si quieren allí estar. A los que son del linaje del señor, lo hacen nueve días, a ellos y su acompañamiento. Y esto lo pagan los concejos de los lugares de donde lleguen (ET 254).

Regalos

La pródiga generosidad de los pueblos de las estepas incluye la costumbre de ofrecer numerosos presentes a los viajeros, normalmente paños, trajes, sombreros e incluso caballos: "Cuando el yantar fue comido y el vino bebido, les vistieron sendas ropas de camocan, camisas y sombreros, y para cada uno un caballo de los que el señor enviaba" (ET 201).

En alguna ocasión, la prerrogativa de Clavijo como cabeza de la embajada se hace patente por los regalos especiales que recibe:

> Y cuando de él se quisieron partir, dio sendas ropas de camocan a los embajadores; y a Ruy González le dio además un caballo grueso y amblador […], que ellos se precian mucho de esta habilidad, con silla y freno muy seguros, según acostumbran ellos. También les dio una camisa y un sombrero (ET 153-154).

O, a veces, el obsequio toma la forma de dinero, como ocurre con el Señor de Arzinga:

> Otro día, lunes, el señor de la ciudad les hizo *dar una cierta cantidad de dineros para cada día con la que se mantuviesen mientras allí estuviesen, que les bastaba de sobras*. (ET 117). El martes no les hicieron fiesta alguna, y les dieron para los gastos de la comida y cuanto necesitaron (ET 120).

O también con Tamorlán:

> Una vez hubieron comido, uno de los ministros del señor vino con una vasija de plata en la mano, llena de una moneda que ellos llaman "tangites" y *la derramó sobre los embajadores y sobre la otra gente que allí estaba*. Y cuando hubo echado los que quiso, *tomó los restantes que quedaban en la vasija y los derramó sobre las vestimentas de los embajadores* (ET 199).

Sin embargo, los embajadores tienen que plegarse a su vez a los hábitos de los pueblos anfitriones por lo que también ellos se ven obligados a corresponder con obsequios destinados a los señores de las tierras que recorren:

> Cuando el emisario se partió de ellos [los embajadores], le dieron una ropa de camocan; también lo hicieron con una ropa de florentín al caballero que el señor les envió primero. Lo mismo hizo el embajador del Sultán de Babilonia, que iba junto con ellos. También entregaron un caballo al segundo embajador que el señor les envió. *Tal es su costumbre que el que va de parte del señor a alguna parte, darle algo por honrar al señor y guardar su costumbre, que es recibir un don por lo que dan en nombre del señor.* Ellos cumplan su cometido con la dignidad que merece el encargo, y de aquello se alaban mucho (ET 176).

Por lo que se refiere a los regalos, los embajadores son incluso víctimas de abusos. Recordemos que la comitiva viaja cargada de presentes para el emperador como halcones, piedras preciosas u objetos suntuarios. En el camino de Trebisonda a Arzinga, un señor local les conmina a pagarle un tributo con parte de estos regalos. En otra ocasión, se les fuerza también a dar uno de los halcones al nieto de Tamorlán (ET 217) por lo que los embajadores expresan su extrañeza: "[l]os embajadores dijeron a aquel señor que se maravillaban de que lo que al gran señor llevaban como presente, se atreviese nadie a tomarlo" (ET 154).

Cada cultura posee sus propios rituales ligados a los regalos como puede ser el momento en que éstos se abren o –pensemos en las flores, por ejemplo– el número de piezas que hay que ofrecer. Con el detallismo que le caracteriza, Clavijo observa que: "[e]l presente que el Sultán le envió [a Tamorlán] y los otros que ese día le presentaron,

no los recibió y volvió a sus hombres para que los guardasen tres días hasta que el señor lo pidió otra vez. *Tal es su costumbre de no tomarlo hasta el tercer día"* (ET 195). Y, cuando unos ministros de Tamorlán regalan a su señor unos tajadores de plata, precisa que, entre los mongoles, los regalos se hacen de nueve en nueve pues "*tal es la costumbre* de ofrecer grupos de nueve cosas si hacen presente al señor" (ET 206).

Comida y bebida

Ya hemos mencionado algunos aspectos de la alimentación ligados a la hospitalidad. Si, respecto a la comida, los embajadores hacen hincapié en su abundancia, también les llaman la atención los rituales relacionados con los modos de comer. Así, destacan la costumbre de los pueblos de las estepas de comer en el suelo:

> Ante el señor y los embajadores, extendieron en el suelo un paño de seda como si fuera un mantel, y pusieron encima aquellos tajadores y escudillas de carne, y comenzaron a comer en el suelo los que allí estaban. Cada uno tenía su cuchillo para cortar y su cuchara de madera para comer, aunque ante el señor cortaba un criado (ET 118-119).

Y, cuando uno de sus anfitriones, el Señor de Arzinga, les invita a compartir su comida, comen todos del mismo plato y con la misma cuchara: "[e]l señor hizo que dos caballeros comiesen con él. Cuando comieron el arroz y otros potajes que allí tenían, los tres lo hacían en una escudilla y con la misma cuchara, y así como uno la dejaba, la tomaba el otro; y así comieron" (ET 118-119).

El relato de la estancia de los castellanos en Samarcanda plasma con la minuciosidad propia de una miniatura las festividades y los banquetes que el emperador organiza en honor de sus huéspedes y ofrece preciosa información sobre la gastronomía y los rituales ligados a la alimentación en la corte timurida. Las celebraciones, presididas por un Tamorlán inagotable pese a su deteriorada salud y a su avanzada edad, se articulan en torno a ágapes donde se derrochan alimentos y bebidas. Después de la detallada descripción de uno de los festines dicen los embajadores: "[y] trajeron tanto que comer, que era una maravilla […] y pusieron tanta [vianda] delante de ellos, que si se la hubieran querido llevar, les bastaba para medio año" (ET 194).

Las páginas dedicadas a las fiestas timuridas reflejan la huella que habían dejado las costumbres chamánicas de los antiguos mongoles en este pueblo recientemente convertido al Islam y el relato deja ver no sólo que el vino no estaba prohibido sino que su consumo era un elemento ritual, clave en la celebración de los banquetes. Sin embargo, el permiso de consumir bebidas alcohólicas lo otorga exclusivamente Tamorlán: "Mandó el señor que en esta fiesta se bebiese vino, y él también lo hizo, *pues no lo beben sin su licencia, ni en público ni en privado"* (ET 198). Por ello, en Samarcanda, es el propio emperador el que permite a los castellanos beber vino, mostrando así tanto su buen conocimiento de las diferencias culturales como su respeto hacia las costumbres ajenas:

> Jueves, 2 de octubre, el señor envió a donde posaban los embajadores un caballero que era su portero mayor y por él les dijo que el señor bien sabía que los francos bebían vino cada día y que ahora con él no lo bebían tan a su talante ante él cuando se lo daban. Por eso les

> enviaba aquel caballero para que les hiciese preparar el yantar y el beber para que comiesen y bebiesen a su gusto. Y que para esto les enviaba diez carneros y una carga de vino (ET 201).

Ya en el camino hacia Samarcanda, los embajadores han podido apreciar la sensibilidad de los pueblos anfitriones, que tienen la cortesía de adaptarse a las costumbres de sus huéspedes. El Señor de Arzinga, por ejemplo, sabiendo que Clavijo no soporta las bebidas alcohólicas, manda que le preparen un brebaje especial y comparte la bebida con el castellano:

> Cuando entraron los embajadores, se inclinó ante ellos y los hizo sentar cerca de él y trajeron muchos pedazos de azúcar. Dijeron que el señor y el caballero que no bebía vino, que era Ruy González de Clavijo, querían ser compañeros en la bebida. Trajeron una gran jarra de vidrio, llena de agua con azúcar, y bebió el señor y después dio de beber a Ruy González con su mano. [...] *Este día no bebió el señor por hacer compañía a Ruy González*. (ET 120-121)

Aunque también es verdad que, en una fiesta organizada por una de las esposas de Tamorlán, Clavijo se enfrenta con problemas pues la emperatriz "[c]on *Ruy González porfió algún tiempo por hacerle beber vino, pues no quería creer que nunca lo bebiese"* (ET 208).

A los embajadores les sorprenden sobremanera las prácticas ligadas con el consumo de alcohol y las describen con todo lujo de detalles. Observan en particular:

1. El momento en que se suele beber: "El vino lo dan ellos antes de comer" (ET 198);
2. La importancia que se concede al consumo del alcohol durante las fiestas y a los rituales ligados con la bebida: "[b]ebieron vino, y la fiesta en que beben vino, la tienen ellos por muy honrosa" (ET 228); "[y] sin esto no consideran ellos que haya alegría ni fiesta" (ET 198);
3. La obligación de acabar el vino que les dan: "y bebían, que no habían de dejar nada en la taza, pues lo toman a mal" (ET 218);
4. La desinhibición que produce la bebida: "y allí se decían sus proezas, de las que reían todos" (ET 208);
5. Y, lo más importante, la necesidad de emborracharse: "[y] tanto fue el beber, que sacaban los hombres beodos de delante de ella por los sobacos. Esto lo consideran ellos gran nobleza, y entienden que no habría placer sin beodos" (ET 208-9).

Además, detallan los rituales y gestos ligados al consumo de bebidas alcohólicas tanto en las fiestas organizadas por las esposas de Tamorlán como por el propio emperador. Así, por ejemplo, los embajadores precisan que:

> Aquel al que [Tamorlán] le daba a beber, se había de levantar y arrodillarse ante él y tomar la taza con las dos manos, pues si la cogían con una, lo tienen por menosprecio, ya que dicen que de su igual sí se puede tomar la taza con una mano, pero no del señor. Y cuando la taza habían tomado de la mano del señor, se levantaban e iban un poco hacia atrás sin volver la espalda al señor. Después que habían bebido, habían de dar con una rodilla en tierra tres veces y se habían de beber todo el vino de la taza (ET 118).

En los ejemplos aducidos, se puede observar la voluntad constante de los embajadores de justificar unas costumbres que probablemente les sorprendieron –y que podrían igualmente sorprender a los destinatarios del texto– mediante la alusión a la percepción positiva de las mismas por parte de los pueblos anfitriones: "esto *lo consideran ellos* gran nobleza" o "lo *tienen por* menosprecio", por ejemplo.

V. LENGUAJE CORPORAL

La alteridad se manifiesta también en el lenguaje corporal de los pueblos anfitriones, ante el cual los embajadores se muestran receptivos y realizan un esfuerzo de adaptación. En su primer encuentro con Tamorlán, los embajadores cuentan cómo saludan al emperador, siguiendo la costumbre de los mongoles, hincando tres veces la rodilla en el suelo con las manos cruzadas sobre el pecho y añaden que el emperador "[n]o les dio la mano a besar, pues ellos *no lo tienen por costumbre* que a ningún gran señor besen la mano" (ET 191).

El relato de Clavijo permite ver que la cosmopolita corte de Tamorlán dispone de hombres encargados de guiar y orientar a los extranjeros para que el protocolo sea rigurosamente respetado pese a la inevitable distancia lingüística y cultural:

> Más adelante hallaron los hombres que llevaban en brazos las cosas y presente que les habían dado, bien dispuestas. Hicieron que los embajadores pasaran por delante del grupo con el presente, y los hicieron estar así un poco. Y luego mandaron que fuesen adelante, siempre con los dos caballeros con ellos, que los llevaban de los brazos […] Los llevaron a un caballero viejo que estaba sentado en un estrado llano, y era hijo de una hermana de Tamorlán, y le hicieron reverencia; después los condujeron ante tres jóvenes que estaban sentados en otro estrado, y eran nietos del señor, y también les hicieron reverencia. […] Y después mandaron a los embajadores que fuesen adelante. […] Tres mirazaes (ministros) que estaban de pie ante el señor […] se llegaron y tomaron a los embajadores por los brazos, y los llevaron junto al señor, y les hicieron hincar las rodillas (ET 190-191).

Los verbos *hacer*, *mandar*, *llevar* o *conducir* muestran claramente el papel de "guías culturales" que desempeñan en este caso los cortesanos de Tamorlán.

VI. CONCIENCIA DE LA RELATIVIDAD DE LOS VALORES

Durante el periplo, varios son los momentos en que los embajadores se enfrentan a la conciencia de la relatividad de sus valores y de su cultura. Nos centraremos aquí en uno de los ejemplos sin duda más llamativos. Al llegar a Samarcanda, los castellanos son recibidos por Tamorlán, rodeado por una multitud de súbditos. Los acompaña Mohamad Alcaxí, el embajador imperial que ha conducido a los viajeros desde Alcalá hasta Samarcanda y que, después de largos meses de vida entre los castellanos, se presenta en la corte timurida vestido como un castellano más, lo que le convierte en el blanco de las burlas de sus compatriotas: "[c]on ellos iba el embajador que Tamorlán había enviado al Rey de Castilla, vestido como se usa en Castilla, y todos reían cuando lo veían con ropas de aquella manera" (ET 190). Efectivamente, en la cosmopolita corte de Tamorlán, se acepta sin pestañear la alteridad de los castellanos pero produce risa ver a un natural vestido

como el "Otro". Mohamad Alcaxí, al "adoptar" la cultura ajena con su vestimenta, proyecta una imagen que los suyos perciben como ridícula.

Este episodio tuvo que hacer conscientes a los embajadores de lo lejana que se encontraba su propia cultura de la de los pueblos anfitriones y de su "Otredad" respecto a éstos. Debió de ser una de las tantas situaciones que vivieron en la que los propios comportamientos, las propias costumbres y los propios modelos identitarios dejaron de percibirse como innatos, naturales y universales, y tuvieron que ser vistos como lo que eran: comportamientos inscritos en una dimensión geográfica, social e histórica cuyo estatuto solo puede ser relativo respecto a otro sistema cultural.

VII. BALANCE Y CONCLUSIÓN

Hemos visto aquí que los embajadores poseen un agudo sentido de la observación, capacidad para percibir las diferencias socio-culturales y sobrada competencia para verbalizarlas, logrando transmitir de este modo una información inédita a la sociedad de origen. Al poner de relieve aspectos socioculturales fundamentales y sensibles –y que hasta nuestros días se sabe que son susceptibles de producir choques y malentendidos culturales– ligados a la hospitalidad, los regalos, la comida, los saludos o los gestos, el texto de Clavijo cumple con uno de sus objetivos fundamentales, a saber, presentar a unos pueblos con los que se deseaba entablar relaciones diplomáticas duraderas, señalando puntos que podrían empañar una comunicación fluida.

El discurso sociocultural de los castellanos es objetivo en la medida en que tiende a centrarse en su objeto –en la sociedad descrita–, huyendo de todo etnocentrismo, de toda oposición entre un *nosotros* y un *ellos*, y reduce al mínimo las comparaciones explícitas[4]. Cuando Clavijo expone las diferencias culturales las justifica aludiendo a gustos y preferencias, y la mera referencia a una costumbre arraigada en la cultura ajena basta para legitimarla.

Además, el relato de los embajadores destaca por la práctica ausencia de comentarios valorativos aunque no podamos dejar de observar que un discurso donde se suele poner en evidencia la abundancia, la bondad, los actos considerados como positivos y la frecuencia de éstos en la sociedad descrita no puede más que transmitir una visión globalmente favorable. Y, cuando los embajadores sufren en su viaje contrariedades que les llevan a emitir algún juicio negativo sobre las gentes que las provocan, nunca se dejan llevar por la fácil estigmatización colectiva de éstas ni por los estereotipos.

Con el polisémico término de "maravilla" –la voz más empleada para expresar cualquier reacción personal, tanto positiva como negativa, frente a lo visto y especialmente frente a las diferencias culturales–, se califica lo que agrada, lo que atrae, lo que extraña, lo que asusta o, incluso, lo que podía producir repulsa. La aplicación del mismo término a este abanico de sentimientos encontrados los subsume en una especie de reacción general y, finalmente, el término parece resumir una reacción personal, las más de las veces emocional.

4 Aunque sabemos que toda descripción presupone una comparación implícita.

Por todo ello, se puede concluir que los embajadores no son individuos que interpreten lo que ven desde los límites de su propia cultura (postura etnocéntrica) sino que más bien toman una posición intermedia entre la cultura propia y la ajena, e incluso se puede decir que llegan a alcanzar la distancia necesaria frente a la cultura ajena para desempeñar el papel de mediadores culturales por cuanto se hacen no solo simples lectores sino verdaderos intérpretes de la sociedad visitada frente a la sociedad receptora, destinataria de su texto.

El relato de Clavijo, lejos de producir rechazo por los pueblos descritos, despierta inmenso interés por ellos. Con su percepción del "Otro", contribuye a cambiar las relaciones entre Oriente y Occidente. Y lo hace hoy como ya lo tuvo que hacer en su tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

Béguelin-Argimón, Victoria. "Decir, preguntar y responder: la interacción con el *Otro* en la *Embajada a Tamorlán* y las *Andanças e Viajes de un hidalgo español*" en: V. Béguelin-Argimón, G. Cordone y M. de La Torre (eds.): *En pos de la palabra viva: huellas de la oralidad en textos antiguos*. Berne: Peter Lang, 2012, pp. 371-92.

Byram, M. y Fleming, M. (1998). *Perspectivas interculturales en el aprendizaje de idiomas. Enfoques a través del teatro y la etnografía*. Cambridge: Cambridge University Press. Colección Cambridge de Didáctica de lenguas, 2001.

Consejo de Europa. *Marco común europeo de referencia para las lenguas: aprendizaje, enseñanza, evaluación*. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Instituto Cervantes, Anaya, 2002. Disponible en:

http://cvc.cervantes.es/ensenanza/biblioteca_ele/marco/cvc_mer.pdf

González de Clavijo, Ruy. *Embajada a Tamorlán*. Estudio y edición de un manuscrito del siglo XV a cargo de Francisco López Estrada. Madrid: Centro Superior de Investigaciones Científicas, 1943.

—, *Embajada a Tamorlán*. Edición de Francisco López Estrada. Madrid: Castalia, 1999.

—, *Misión diplomática de Castilla a Samarcanda (1403-1406). Ruy González de Clavijo*. Edición Leoncio Cabrero. Traducción al ruso: Claudio Kotchkof. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 2000.

—, *Embajada a Tamorlán*. Versión en castellano moderno a cargo de Francisco López Estrada. Madrid: Ed. Castalia, 2004.

—, *Embajada a Tamorlán*, en *Viajes medievales II*. Edición de Miguel Ángel Pérez Priego. Madrid: Fundación José Antonio de Castro, 2006.

—, *La route de Samarkand au temps de Tamerlan (1403-1406)*. Relation du voyage de l'ambassade de Castille à la cour de Timour Beg par Ruy González de Clavijo (1403-1406) traduite et commentée par Lucien Kehren. Paris: Imprimerie Nationale, 1990, 1ère éd. 1990 (traducción francesa del texto de la *Embajada a Tamorlán*), 2006.

López Estrada, Francisco (ed.). *Embajada a Tamorlán*. Madrid: Castalia, 1999.

Oliveras, Àngels. *Hacia la competencia intercultural en el aprendizaje de una lengua extranjera. Estudio del choque cultural y los malentendidos*. Madrid: Edinumen, Memorias para el aprendizaje, Serie Máster E/LE Universidad de Barcelona, 2000.

Rodrigo Alsina, Miguel. *Comunicación intercultural*. Barcelona: Anthropos. Colección Autores, Textos y Temas Ciencias Sociales, nº 22, 1999.